

VALLE, DE LA "ENTREGA" AL "ESPERPENTO"

VA para bastantes años ya que bregó con papeles de don Ramón Valle-Inclán, y nunca había logrado encontrar sino referencias aisladas sobre una novela suya, escrita en temprana fecha y para atender, según todos los indicios, al buen gobierno de las tripas, como decía el clásico. La tal novela es «La cara de Dios», novela «por entregas», editada en el año 1899 por una editorial especializada y ahora desempolvada, pienso que oportunisimamente, por Taurus, con los buenos oficios de Domingo García-Sabell.

Sacar a la luz obra tan temprana y desconocida de Valle supone, en principio, una contribución extraordinaria para el conocimiento de esa decisiva primera etapa de su escritura, que es, a mi juicio, la clave fundamental del mundo valleinclanesco. Y lo es no sólo en el sentido que la crítica coincide ahora en atribuir a los orígenes literarios del 98, sino en el de que un estudio riguroso del «primer Valle-Inclán» puede aclararnos el debatido tema de la evolución del escritor, mostrando que ese largo proceso estético-ideológico se sustenta y funciona sobre el hecho paradójico de una básica identidad entre todos los Valle reales o inventados por la crítica. La gran lección de la obra de Valle es su peculiar deriva desde el esteticismo a la militancia (o a algo que se le parece mucho); el gran misterio es que esa evolución funciona en virtud de una esencial fidelidad a su mundo literario.

«La cara de Dios» es una novela «por entregas», atendida rigurosamente a la técnica y truco del género. Está escrita sobre el drama de Arniches del mismo título, y en ella pueden distinguirse con facilidad dos regiones literarias independientes: la reelaboración de la trama de este autor, que, como veremos, es bastante fiel, y la elaboración de una serie de temas propios visiblemente distintos y enlazados un poco a la fuerza en el conjunto. A esta doble textura, hábilmente zurcida con el hilo de una intriga de las características del género, debemos prestar atención porque supone algo más que la mera superposición mecánica de dos estilos distintos.

En efecto, la reelaboración del drama de Arniches nos pone al

descubierto una manipulación que es típica de Valle-Inclán y pienso que también constante a lo largo de su obra. Se trata de que Valle utiliza la obra de otros autores como materia bruta de su tarea de creación; es decir, parte de una fingida aceptación de otros mundos literarios y los reproduce, interponiendo entre ellos y el ojo del lector la sibilina lente de su terrible ironía. Angel Facio, agudo entendedor de la obra de Valle, me lo probó en «Los cuernos de don Friolera» por referencia al «eminentemente Echegaray» («El mundo me la da, pues yo la tomo», etcétera) y pienso yo que son posibles otras comprobaciones. La de «Las galas del difunto» y Zorrilla —o más ampliamente, el romanticismo tardío en líneas generales—; la de «La hija del capitán» y cierta literatura enfática de motivos renacentistas; la de las «Sonatas» —y, por supuesto, la de «Femeninas», «Cenizas» y demás cuentos primerizos— por referencia a la estética decaída y sin alientos de la Restauración, como él mismo reconocía, entre bromas y veras, invocando al Campoamor de las «Doloras». Y, en fin, este de «La cara de Dios», con autorización expresa de Arniches.

Aunque, evidentemente, Valle procede de manera distinta en cada uno de estos ensayos, en el fondo se trata siempre de utilizar irónicamente la obra de otro. En el caso de «La cara de Dios», por ejemplo, creo que se trata de respetar el mundo opaco y hasta un poco vulgar del dramón de Arniches, para oponerle el mundo deslumbrante de la propia creación. En 1889, el de Valle es un mundo efectista y luminoso, un universo de misteriosa consistencia —el mundo de las «Sonatas» que está próximo a aparecer (1901-1905)— y éste es el contrapunto que va a oponer en nuestra novela a la torpeza de Arniches. La estructura informal de la novela «por entregas», por supuesto, facilita a Valle el empeño, al permitirle la disposición de una ancha trama, en cuya arbitraria contextura nada se opone a las derivaciones argumentales, a la inclusión arbitraria de motivos o al contraste de ambientes y temas diferentes y hasta, en cierto modo, antitéticos. Contrasta así en «La cara de Dios» la trucu-

lenta historia de unos personajes urbanos y contemporáneos que dirimen, al estilo de Arniches, una cuestión vulgar de negra honrilla, bien negra por cierto, y un universo rutilante y lejano en el que Valle recrea su nostalgia: el mundo misterioso, nimbado de prestigio, de las «Sonatas».

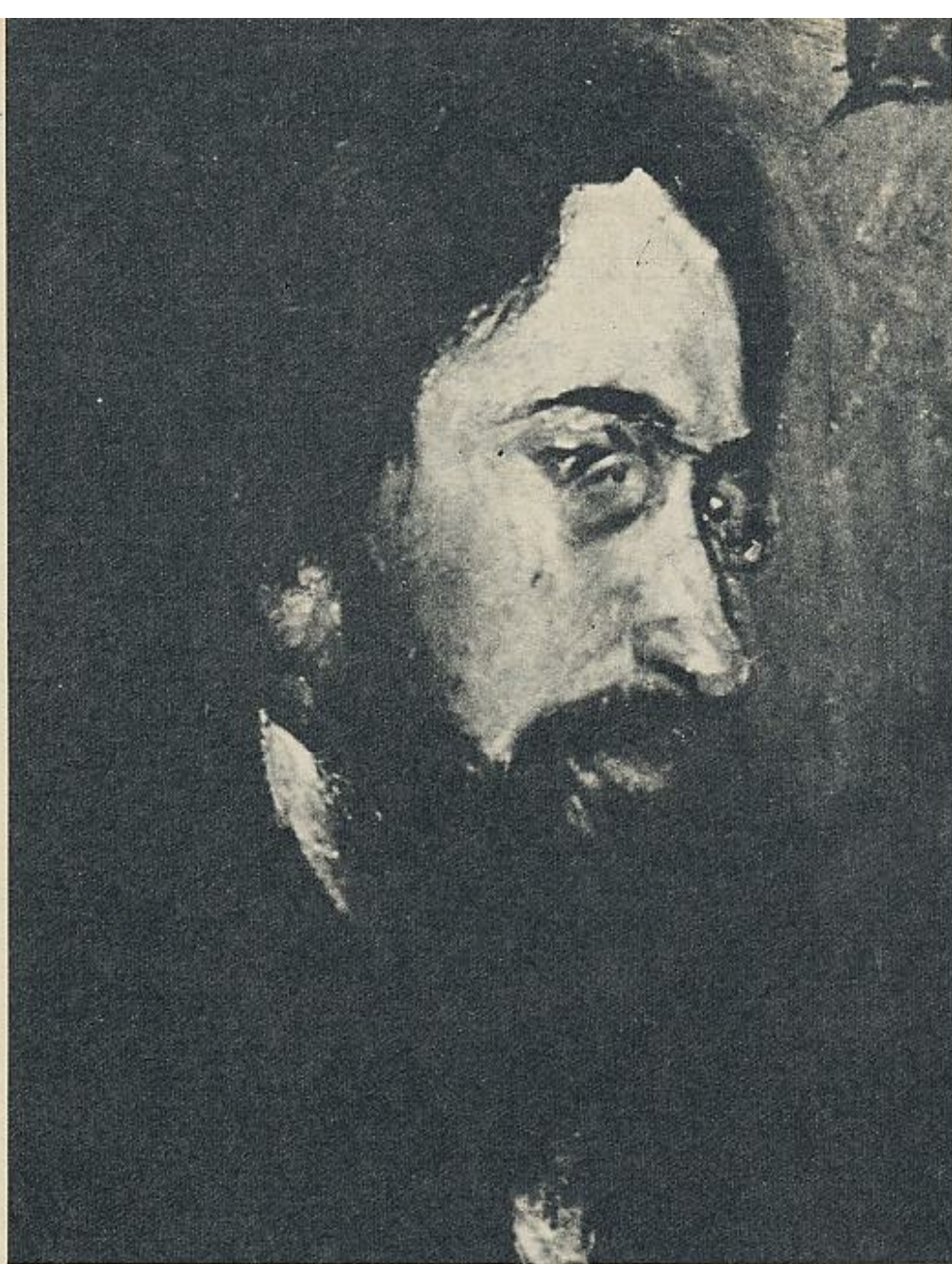
El lector de «La cara de Dios» comprobará, en efecto, la presencia absoluta de este universo en fermentación, pero ya básicamente perfilado, identificando en sus páginas un Bradamín —en «El rey de la máscara», como es sabido, aparece Bradamín—; una pastora Adegá, presunto incidental de «Flor de santidad»; una Beatriz que es la misma del cuento incluido con ese nombre en «Jardín umbrío»; una serie de personajes secundarios —en especial, ese pordiosero peregrino que es literalmente el mismo que aparece en el cuento «Eulalia», luego incluido en «Cor-

te de amor»— gemelos indudables de los que luego irán tomando cuerpo hasta llegar a la plenitud de las «Comedias bárbaras»...

Pero la presencia de este mundo contrastando con el de Arniches descubre, a mi entender, otros aspectos de la estética de Valle no siempre aclarados. Me refiero a la siempre discutible orientación romántica de su obra, que aquí —tal vez por tratarse de una novela «por entregas»— aparece muy en primer plano. «La cara de Dios», seguramente, permite apreciar ciertos aspectos de esa orientación mucho mejor que el resto de su primera obra, donde, tras la excusa de un decadentismo expreso y formalizado, tal vez se oculta o difumina lo que en Valle hay todavía de escritor romántico, me atrevería a decir «puro». Su pensión historicista, su idea de la vida, su concepto del amor, su ideal de la mujer: da la impresión,

«La cara de Dios» es una novela «por entregas», atendida rigurosamente a la técnica y truco del género. Está escrita sobre el drama de Arniches del mismo título, y en ella pueden distinguirse dos regiones literarias independientes: la reelaboración de la trama de este autor y la elaboración de una serie de temas propios...





JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN

a la vista de estas referencias, de que no hay en Valle un rechazo del romanticismo, sino, al contrario, un designio hondo de hacer romanticismo. Valle parece querer llenar el hueco, el vano de la literatura romántica, y lo hace sobre las huellas del ala estéticamente radical del romanticismo, en especial del francés, y de su amplia familia tremendista. Es así como hay que entender la cuestión —no tan fácil como se suele creer— de las influencias recibidas por el joven Valle. Influencias tan amplias que abarcan desde Hugo a Ponson du Terrail o Dumas, pasando por Sade, Restif de la Bretonne, Masoch o Lorrain. Valle supone algo así como la nacionalización romanizada de tan varias influencias, pero, sobre todo, de cuatro muy concretas: Barbey d'Aurevilly, D'Annunzio, Eça de Queiroz y el gran

olvidado José María de Heredia. A la lista debe añadirse, y creo que muy tempranamente, el caballero Casanova, Wilde, Baudelaire y hasta, según se ha dicho, Maeterlinck, sin olvidar la influencia directa, convivida, de Rubén Darío.

Todo esto es el mundo primitivo de Valle, escritor cultista y libresco, se quiera o no, con independencia de su talento para aprovechar otros materiales. Como prueba «La cara de Dios», muy tempranamente el mundo de Valle aparece definido en el marco de estas variadas, pero pienso que coherentes, coordenadas estéticas. El escritor busca la fórmula de un romanticismo con meollo como marco para su aristocrática propensión idealizante de la vida social. Pero lo importante es que esa actitud estética es básicamente inalterable a lo largo de su obra, a pesar del fortísimo vira-

je ideológico que su actitud soporta. Es cierto, pues, que hay una distancia insalvable desde el **esteta** al **militante**, pero tal vez no lo es menos que ese cambio no afecta gran cosa la actitud estética del autor. Y, en este sentido, «La cara de Dios» nos depara la oportunidad de observar de cerca en qué medida se parece ese mundo provisional —un folletín de ocasión, escrito en régimen de hambre— al universo depurado de lo que él mismo llamaba sus «solos de violín» (las «Sonatas»). No hay diferencia sustancial entre la pintura psicológica ensayada en aquella obra y las que podemos leer, andando el tiempo, en cualquier obra **acabada** de Valle, a salvo las naturales diferencias del tono narrativo.

Lo cual no quiere decir, en mi concepto, que Valle no se distancie de este tipo de narración, sino todo

lo contrario. La **distancia** en «La cara de Dios» es absoluta, de modo especial en lo que se refiere a la reelaboración del mundo de Arniches; es decir, en la región proplamente folletinesca de la intriga. Para comprobarlo fíjese el lector: primero, en la irónica pero meticolosa aceptación de la técnica de la entrega —compárese con el modelo establecido hace poco por Ferreras, «La novela por entregas», Taurus—, aceptación que incluye todos y cada uno de los aspectos formales, desde el tono a la disposición de la escritura (frases acortadas, uso de recursos enfatizantes, etcétera); y segundo, en la manera admirable con que Valle encubre su aguda crítica del género a lo largo de toda la estupenda intriga criminal que es el hilo conductor de toda la obra. Sobre esto último es importante subrayar la ironía empleada para describir el largo enredo policiaco-judicial —para empezar, el circunspecto magistrado que entiende en la causa se llama **Máximo**, y, páginas adelante, **Pío Baroja**; el inspector, **Camilo Berglela**...— bajo el que se esconde, ya reconocible, la futura desconfianza de Valle frente a la justicia («la Sumaria», la llama él); y me parece que también una alusión a la escuela criminalista italiana, tan en boga entre los «sociólogos» de la generación, como muestra cierto libro juvenil de Azorín.

Hay, en resumen, dos ensayos perfectamente distintos embutidos en «La cara de Dios» a fuerza de ironía, y Valle, sin duda, ha tomado partido. Pero esto es lo de menos, tal vez. Lo decisivo, a mi juicio, es que en ambos —es decir, al crear con evidente interés su mundo idealizado o al tratar forzosamente el asunto de Arniches— la aportación básica de Valle es de orden **óptico**. No sé si es mucho decir, pero me ha parecido ver en «La cara de Dios» nada menos que un **esperpento**. Un **esperpento** «por entregas» y dispuesto en dos planos, faltaría aún de la rotunda maestría del Valle de la madurez, pero identificable ya por el modo personalísimo de mirar la realidad y de situarse frente a ella; es decir, por el estilo inconfundible de su distanciamiento. Imagínese si puede tener interés «La cara de Dios» y si queda aún por hablar de la famosa **evolución** de Valle. ■